

MEDITACIÓN 13



Aprender de los
tiempos de
CRISIS

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Siempre hay mil soles
en el reverso de las nubes».

(Proverbio hindú)



an ido avanzando estos difíciles días que estamos compartiendo. Si bien aún tenemos el don de la vida y el inmenso privilegio de poder estar en compañía de seres queridos, lo cierto es que este tiempo está resultando muy duro para todos. No sólo por el virus suelto como un asesino silencioso o por la temida penuria económica, sino especialmente por la incertidumbre, temor y zozobra en los corazones.

No estamos en una época fácil. Y no porque los astros no nos favorezcan o porque estemos al comienzo de una pandemia. No lo es, porque la vida nunca es fácil, porque la existencia humana siempre es la lucha contra realidades que nos superan y porque la historia es siempre un desafío. Cada vez que los seres humanos nos tenemos que enfrentar contra realidades adversas, cada vez que tenemos que luchar contra obstáculos aparentemente insalvables, cada vez que nos toca vivir en tiempos de crisis, se pone en juego nuestra grandeza, y la capacidad que tenemos de alcanzar lo imposible. Por todo lo anterior, desearía hacer algunas reflexiones para estos tiempos difíciles que estamos viviendo.

Contrario a lo que tal vez ocurría en otras épocas, esta crisis actual no es una crisis externa a nosotros; no podemos decir que es algo que sucede en una lejana montaña, en zonas apartadas del país o en las casas de los demás. Si algo caracteriza esta crisis, es que nos está golpeando a todos, que está afectando a las personas, las instituciones, las empresas, a las familias de una forma tan radical, que casi nadie puede decir que no está aporreado de alguna manera por la crisis.

Pero ¿cómo nos golpea la crisis a nosotros? Aún sabiendo que cada persona, cada institución y cada familia son casos diferentes, es posible hacer una semblanza de la forma como en general nos está afectando la crisis actual y de la manera como está modificando nuestro vivir.

Sin pretender ser exhaustivo, diría que la crisis nos podría estar dejando, al menos, las siguientes consecuencias:

- **Estados de angustia y tristeza:** La crisis está golpeando las columnas mismas de nuestra vida, los fundamentos de nuestro arraigo existencial. De hecho, el dolor y el sufrimiento siempre han sido para el ser humano situaciones-límite en las

cuales se descubre a sí mismo interpelado por la vida y exigido a buscar razones de existencia más profundas. Cuando todo sonríe, cuando todo sale tal y como lo planeamos, cuando no nos falta nada de lo que necesitamos, cuando la gente que amamos está estupendamente y no tiene ningún sufrimiento, es fácil sentir que la vida está justificada, que cada día de la existencia vale la pena y que hay suficiente energía para comenzar cada mañana una nueva labor. Pero cuando las cosas salen mal, cuando el dinero no alcanza, cuando lo que teníamos ahorrado se va acabando y el empleo no llega, cuando las noticias de cada día están llenas de incertidumbre, surge entonces la tristeza como estado del alma, una tristeza que va socavando los fundamentos mismos de la existencia y nos va despojando del deseo de vivir la vida. En el precioso libro «La Historia Interminable» de Michael Ende, se habla del momento en el que Atreyu, el valiente niño-guerrero, debe atravesar con su caballo el pantano de la tristeza para salvar la tierra de Fantasía. Allí, en aquel pantano, Ártax, el hermoso corcel de Atreyu, se va hundiendo lentamente en la tristeza, mientras el niño intenta desesperadamente regalarle una última alegría con el deseo de salvarle la vida. Pero no puede, no puede porque la tristeza es demasiado honda, no puede porque la tristeza despoja de todos los deseos bellos, porque la tristeza postra, porque en la tristeza Ártax se hunde y ya nunca regresa. En ese mismo pantano nos podríamos estar hundiendo hoy. Esta crisis se ha vuelto causa de estados de angustia y depresión en los cuales se van sumiendo familias enteras. Sintiendo lástima de nosotros mismos, percibiendo cerradas las puertas del futuro, nos abandonamos a nuestros lamentos, a nuestras quejas, a nuestros pesares y como Ártax, inevitablemente nos hundimos en el pantano de la tristeza. Algo inquietante de la realidad actual es el creciente número de casos de niños y jóvenes con depresión severa, con tendencias suicidas y con la incapacidad de percibir el sentido profundo de sus vidas. Y si a esto sumamos las ocasiones en las cuales nos lamentamos de nuestra existencia y la pereza para todo y la «mamera» para todo, entonces comprenderemos cómo esta crisis se nos ha vuelto angustia, angustia atmósfera, angustia pantano, angustia tristeza en la que nos estamos hundiendo.

- **Pesimismo:** La angustia se suele convertir en pesimismo. Abrimos las páginas de los periódicos y de las revistas de circulación nacional, escuchamos las noticias en la radio o las vemos en televisión, y nos sumimos en un pesimismo creciente, en un sentimiento atrozante que nos hace creer que no existe salida ni respuesta pronta ni eficaz para la realidad que estamos viviendo. Ya no creemos que mañana vendrá un día mejor, ya no creemos que nuestros problemas tendrán solución prontamente. Y, para colmo, gran parte de nuestro pesimismo y de nuestra visión gris de la vida, la experimentamos delante de nuestros niños y jóvenes, transmitiéndoles prematuramente el síndrome de la preocupación, la queja, el lamento, el lloro, el desconsuelo y el gemido.
- **Agresividad creciente y estados de tensión:** Pero la crisis no sólo nos trae tristeza y pesimismo, también tiende a dañarnos el genio. Cuando no tenemos el control de las circunstancias, solemos violentarnos proporcionalmente a la angustia que tenemos. Así pues, a más angustia y menos control, más tendencia a la agresividad, más tensión y mayor capacidad de enfadarnos con los demás. Hay muchas familias que hoy viven situaciones de conflicto porque —debido a las dificultades económicas o a la pérdida del empleo o a las muchas deudas o a la zozobra permanente—, la pérdida del control de las circunstancias lleva a que las personas que comparten un techo, también compartan la angustia y por ende, compartan la agresión. Padres molestos con sus hijos, hijos que no se aguantan a sus padres, esposos ofendidos entre sí, hijos que exigen y exigen sin entender que no hay con qué atender sus demandas, y padres que intentan dar y dar sin poder más, son algunas de las realidades conflictivas de nuestras familias. Una de las consecuencias más lamentables de la crisis, es que puede hacernos creer que podemos tratar a los demás como nos apetezca, como nos sale de nuestros impulsos y emociones más primarios, pues como estamos muy angustiados por la crisis, eso, según la lógica que manejamos, legitima nuestra agresividad y nuestra grosería. Empero, tal disposición a la agresividad, sólo nos daña más, sólo logra enemistar a quienes tendríamos que estar unidos y sólo consigue hacer más profunda la crisis.

- **Flexibilidad moral:** Una de las consecuencias más lamentables de la crisis, podría ser la permisividad moral. Podríamos tener la impresión de que sólo cuando todo está en orden y marcha bien, tenemos la obligación de vivir una ética auténtica. En cambio, si todo es difícil y si ni la existencia ni el trabajo ni el dinero ni el bienestar son seguros, podría parecer que estamos dispensados de ser rectos, pudiendo, entonces, abandonar la moralidad sin remordimiento. Ciertamente que hemos visto bellos ejemplos de solidaridad y ayuda y servicio; pero también hemos visto noticias falsas por cantidades, cadenas de engaños y estafas, gente que sale a la calle sin pudor y que irrespeta a las autoridades, intentos de saqueos, y eso sin contar que estos días deben estar siendo de un gran tráfico en las webs de pornografía e inmoralidad sexual.
- **Vacío espiritual:** Lo cierto es que la crisis tiene una última y más profunda consecuencia: la del inmenso vacío interior. Ante esta crisis que vivimos, intentamos llenar nuestros corazones con las algarobas que nos ofrece el mundo. Creemos que será un placer efímero, una patética posesión, un simple bien material, una serie de televisión, un juego de video, un chat lo que nos reconfortará. Estamos viviendo una crisis tan aguda, que ingenuamente creemos que la felicidad nos llegará cuando la enfermedad se marche, cuando las dificultades económicas se disipen, cuando podamos volver a poseer lo que anhelábamos. Sin embargo, la grandeza del ser humano sigue siendo un problema de interioridad, una cuestión de lo de adentro de las personas. Esta crisis nos ha golpeado en un momento en el cual la humanidad estaba más pobre, más vacía y más despojada espiritualmente.

La palabra «crisis» viene del griego «krinein» que significa «juzgar». La crisis no es necesariamente algo negativo, es también una oportunidad que nos da la vida para tomar distancia de la realidad que vivimos y juzgar (en sentido cristiano diríamos «discernir») lo que debemos hacer. En este orden de ideas, la situación que vivimos actualmente no puede ser sólo un mal momento que nos lleve a quejarnos de forma lastimera, mientras esperamos que del cielo nos llegue la solución a los problemas, sino una invitación que nos hace la vida a sobreponernos a la adversidad, a superarnos a nosotros mismos y a transformar las circunstancias. La crisis no es

para postrarnos. La crisis es para colocarnos en condiciones de juzgar cuál debe ser nuestro comportamiento y discernir lo que tenemos que hacer para salvar el hermoso mundo que Dios nos regaló. Por eso, esta crisis debe ser también un momento para aprender, un momento en el que crezcamos humanamente y ayudemos a nuestros niños y jóvenes a crecer.

¿Qué hacer para educar en la crisis?

- **El valor de la sencillez:** Dicen que el rico no es el que más tiene, sino el que menos desea. De Diógenes se decía que al volver al barril en el cual vivía, después de haber pasado por el mercado, lo hacía lleno de felicidad, porque se daba cuenta de todo lo que no necesitaba para vivir. Y de Francisco de Asís se dice que la clave de su dicha era que «deseaba poco y que lo poco que deseaba, lo deseaba poco». Este mundo capitalista y consumista en el que vivimos nos ha alejado cada vez más de la posibilidad de ser realmente felices. La sociedad de consumo nos convenció de que necesitábamos un montón de cosas para ser dichosos. Viajes, electrodomésticos, comodidades, placeres, rumbas, modas, marcas, una cantidad inmensa de realidades que se supone que eran necesarias para poder ser familias dichosas. La crisis es una oportunidad maravillosa para aprender que la verdadera felicidad no se encuentra en ese tipo de bienestar que nos vendían como lo fundamental. Muchas familias del pasado tenían mucho menos que las familias actuales, y sin embargo se amaban y se sentían dichosas. Yo recuerdo una hermosa familia en la cual el regalo más lindo que mi papá me daba todos los días, era el de su corazón, porque no tenía nada más para darme. Esta crisis es una oportunidad maravillosa para volver a lo esencial, para dejar de buscar la felicidad en los falsos valores y para regresar a la grandeza y la dignidad de la vida sencilla.
- **El Amor en familia:** Un cuento de Tony de Mello relata que un esposo le dijo a su esposa: «Amor, me pondré a trabajar duro y algún día seremos ricos.» Y añade que ella le respondió: «Ya somos ricos, mi vida, pues nos tenemos el uno al otro.» Es cierto que la crisis es profundamente incómoda, que para muchas familias está suponiendo un encierro en su propia residencia, un cambio de hábitos cotidianos, una incertidumbre ante el mañana. Es verdad que no pocas familias temen

descender en la escala social y perder el trabajo, la casa, el automóvil, los lujos. Pero a pesar de todo, esta crisis incómoda y molesta, es también una oportunidad de que las familias se reúnan alrededor de lo verdaderamente importante, su amor y su unidad familiar. Cuando los bienes materiales ya no son la seguridad de nuestras casas y ya no nos generan la ficción de ser felices, no nos queda más remedio que amarnos por lo que somos, que unirnos por el valor de ser lo que somos y de ser dichosos por ver la grandeza que somos. Si bien la crisis nos puede desunir, nos puede hundir en la tristeza o nos puede volver agresivos, también nos puede dar la ocasión para unirnos aún más, para sostenernos los unos a los otros, para apoyarnos mutuamente, para amarnos de tal manera que no nos dejemos ni hundir ni quebrar. Los momentos difíciles son fecundos, porque en ellos las personas sacan fuerzas de su interior más interior y nos revelan su grandeza espiritual. Si aprovechamos esta crisis para trabajar con las familias de forma que aprendan a estar más unidas, a ser más amantes, a apegarse más a sus hijos como si fueran ellos un tesoro, a adherirse más íntimamente a los padres como si fueran ellos la mayor riqueza, la crisis nos dejará la mejor herencia, aquella que no se pueden robar los ladrones ni puede roer la polilla.

- **La Esperanza:** No podemos hundirnos en el pesimismo. San José de Calasanz, creador de la escuela popular primaria en Europa, decía que «no hay herida tan grande que no tenga alguna vez cura», y lo decía cuando toda su obra estaba destruida por la maldad humana y una vida entera de entrega y sacrificios por los niños pobres parecía estar dirigida al más grande fracaso. Tenemos que tener esperanza y la esperanza —como dice San Pablo—, es esperanza de lo que no se ve, porque si se ve ya no es esperanza. Esta crisis tiene que tener salida, esta crisis no es para siempre y, sobre todo, esta crisis nos puede dejar, a pesar de todo, realidades positivas. El pesimismo lo único que consigue es hacernos más doloroso lo que ya es doloroso y más empinado el camino que ya es cuesta arriba. Pueden morir muchas cosas, pero no se nos puede morir la esperanza. Si algo nos enseña la historia de la humanidad es que, después de las más grandes catástrofes, los seres humanos nos hemos sobrepuesto a las circunstancias y hemos sido aún más fuertes y más sabios y más bellos, porque nos hemos

apoyado en el principio-esperanza. Todo está por delante. El futuro no está determinado por un sino trágico. La historia es lo que nosotros construyamos. Y los pueblos más nobles se han forjado recuperándose de las más gigantescas heridas. Esta es nuestra hora, es la hora de la grandeza de la humanidad. Donde todos se lamentan, es el tiempo y el momento de enarbolar nuestra esperanza.

- **La Alegría:** Hay que recuperar el sentido del humor. Mientras la tristeza y la depresión sean la forma de asumir la vida, no tendremos salida, pues la tristeza hace que los obstáculos sean más formidables y que las dificultades resulten insalvables. Un proverbio japonés dice que «si te angustias, las cosas son como son; en cambio, si no te angustias, las cosas son como son». La realidad no cambia por el nivel de nuestra tristeza ni se hace menos atroz por la magnitud de nuestra angustia. Tristeza y angustia sólo logran mostrarnos más amenazadora la realidad que ya es amenazadora. La realidad es la realidad y la crisis es la crisis; pero la risa, la alegría y el buen humor, nos pueden dar la fortaleza para vivir esa realidad y esa crisis. ¡Cómo se ilumina maravillosamente un rostro que sonríe! Y no cambian los rasgos, ni la nariz se vuelve más perfecta, ni las orejas se hacen más bellas, ni la dentadura se endereza; es simplemente que la sonrisa vuelve luminosa a toda la persona. Cierto que estamos viviendo una crisis muy grave y que todo hace suponer que tenemos derecho a estar tristes y de mal genio. Pero hagamos todo lo contrario. Ofrezcamos nuestro buen humor a los demás, sonriamos —que la sonrisa afortunadamente todavía es gratis y no paga IVA—, desdramaticemos lo que creemos gravísimo, pidamos favores con dulzura en los labios, y procuremos colocar un poco de alegría en todas partes, con la ilusión de que «el que ríe de último, reirá mejor». Después vendrá la verdadera alegría, esa que no depende de que no exista el sufrimiento, sino de no habernos dejado hundir por las penas.
- **La verdadera Adulterez:** En los últimos años ha venido sucediendo una preocupante descomposición de los adultos en cuanto adultos. Es cada vez más usual ver y oír a los adultos teniendo comportamientos, actitudes y lenguajes más propios de la adolescencia que de la adulterez. Independientemente de lo que esto supone de

miedo a aceptar la realidad, de temor ante lo que significa crecer, madurar, asumir opciones definitivas, lo cierto es que la desaparición de los adultos en cuanto adultos, está dejando cada vez más solos a los niños y a los jóvenes, pues en la práctica están rodeados de adolescentes de treinta o cuarenta años, pero adolescentes frágiles también. Sin negar la realidad de nuestras propias crisis personales, sin decir que sea fácil encontrarnos y aceptarnos a nosotros mismos, sí es necesario afirmar que uno de los servicios más importantes que prestamos a los niños y jóvenes es el de nuestra adultez. Los niños y los jóvenes necesitan a su lado la presencia de adultos significativos que les ayuden a construir la vida, que los acompañen con su humanidad sólida, que les ofrezcan un amor sin intermitencias, que les den el testimonio de sus valores, virtudes y creencias, que forjen en ellos el criterio moral, que establezcan los límites necesarios para que aprendan a vivir la existencia respetándose a sí mismos, a los demás y a la naturaleza, que les sostengan en los momentos difíciles y que siembren en ellos aspiraciones utópicas positivas.

- **La grandeza Moral y la grandeza de Espíritu:** Un ser humano no es lo que tiene; un ser humano es lo que es. Y un ser humano es su Moral y su Espiritualidad. Todo lo demás se pierde, se va con los años, se añeja, se envejece, se deteriora, se olvida, se enferma. Pero lo que crece y crece en hondura y en profundidad en un ser humano es su ética y su espíritu. No por nada las culturas antiguas hicieron de los ancianos un lugar de crecimiento, unos maestros de humanidad. Cuando la belleza fugaz, los bienes materiales, los conocimientos intelectuales se han deteriorado, lo que queda es la grandeza moral y espiritual de un ser humano, y eso es lo que se lee en el corazón de un abuelo, como en las páginas del más bello libro. Claro que estamos en crisis y que la crisis nos hace sentir acorralados y que sintiéndonos así, sentimos también la tentación de romper nuestros principios morales para facilitarnos de algún modo la vida. Claro que estamos en crisis y que esta crisis nos hace pensar que estamos más solos y más abandonados por Dios y que sintiendo así, quisiéramos rendirnos a falsas divinidades que nos prometen un pequeño consuelo. Pero también es claro que más grande que la tentación, debe ser nuestra fidelidad a nosotros mismos, nuestro deseo de enaltecernos

como seres humanos. En esta hora, cuando el dolor y las dificultades golpean nuestras vidas y las vidas de los niños y jóvenes, ellos necesitan ver a sus adultos enseñándoles a ser aún más rectos y aún más honorables y aún más dignos y aún más nobles y aún más sinceros y aún más limpios y aún más santos.

- **La Fe:** Por último, hay que tener fe, una fe al menos del tamaño de un granito de mostaza —como dice el Evangelio. Hay que tener fe. Fe en los jóvenes, fe en nuestros muchachos. Yo sé que son difíciles, que a veces nos parecen rebeldes, llevados de su parecer, y que en ocasiones los mata la pereza y la «mamera»; pero ellos son nuestra mejor oportunidad para el futuro. Si los educamos con amor, si no los abandonamos a su propia suerte, si les ofrecemos valores morales y espirituales, si creemos en ellos, ellos harán una nueva y mejor historia. Hay que tener fe. Fe en nuestra hermosa Patria, fe en Colombia, fe en el país más bello del mundo y fe en la gente más buena del planeta. Hay que tener fe porque sin fe nos hundimos, porque esta Patria liberada por nuestros héroes no puede ahora darse por vencida. Tal vez nos toque a nosotros ser los lanceros del siglo XXI, los lanceros valientes que ya no triunfen en el Pantano de Vargas, sino en el pantano de la tristeza y del pesimismo. Hay que creer en nuestra Patria, porque estas estirpes condenadas a tantos años de soledad, algún día —nosotros deberíamos garantizarlo—, tendrán que tener una segunda oportunidad sobre la tierra. Hay que tener fe. Fe en la humanidad, fe en que lo único global no es la pandemia, sino también la inteligencia y la creatividad y la ciencia y la voluntad para hallar soluciones y posibilidades. Hay que tener fe. Fe en Dios, en un Dios que no nos puede hacer la vida ni nos puede sobrellevar la existencia ni nos puede arreglar la historia —porque esas son nuestras responsabilidades—; pero en un Dios Padre de todos, amoroso con todos, misericordioso con todos, que nunca nos abandona, que es nuestra fuerza en la tribulación y nuestro consuelo en la tristeza. Sí, hay que tener fe, porque la fe no defrauda, porque la fe no nos falla y porque con fe podremos incluso mover montañas.

Es verdad que estamos en crisis.

Es verdad que vivimos un tiempo de nubarrones.

Pero también es verdad que está en nuestras manos la posibilidad de que esta misma crisis sea nuestro mejor momento en la historia.

En el reverso de las nubes, alumbran mil soles de esperanza.

Que todos seamos esos soles brillantes que alumbren la esperanza y el sueño de un nuevo amanecer. Y que en todos nosotros alumbre la luz de Dios como testimonio alegre y cierto de que en la hora más oscura, brilla más la luz de una fe que nunca defrauda y que nos adelanta el amanecer.



¿Pretendes ser dichoso?

Pues bien: sé como el agua;

viste, cantando, el traje de que el Señor te viste,

y no estés triste nunca,

porque es pecado la tristeza.»

(Amado Nervo)



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"